

César «Tato» Díaz tatodiaz60@gmail.com

<http://orcid.org/0000-0003-0816-642X>

Centro de Estudios en Historia | Comunicación | Periodismo | Medios (CEHICOPEME)

Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Universidad Nacional de La Plata | Argentina

Resumen

Desde un enfoque comunicacional y urbano, el autor explora en este artículo diferentes aspectos de la vida de Rodolfo Walsh en La Plata y, sobre todo, los acontecimientos del 9 de junio de 1956. El trabajo reconstruye dónde y con quién estaba Walsh jugando ajedrez cuando comenzó la insurrección y analiza el itinerario que siguió hasta su domicilio y los motivos de su demora para llegar. Asimismo, aborda aspectos de *Operación masacre* que mantenían un cono de incertidumbre: cómo Walsh se acercó al semanario político *Mayoría*, el papel de su subdirector, Bruno Jacovella, y las implicancias que tuvo para la revista publicar la investigación que denunciaría como nadie la instrumentación del terrorismo de Estado en la Argentina.

Palabras clave

Walsh, Mayoría,
9 de junio 1956, periodismo

Abstract

From a communication and urban approach, the author explores in this article different aspects of the life of Rodolfo Walsh in La Plata and, above all, the events of June 9, 1956. The work reconstructs where and with whom Walsh was playing chess when the insurrection began and analyzes the itinerary that followed until his address and the reasons of its delay to arrive. He also touched on aspects of *Operación masacre* that had a hint of uncertainty: how Walsh approached the political weekly *Mayoría*, the role of his deputy director, Bruno Jacovella, and the implications for the journal of publishing the investigation that would denounce like no one the instrumentation of the State terrorism in Argentina.

Keywords

Walsh, Mayoría,
June 9, 1956, journalism

9 de junio de 1956: La Plata, Walsh y Mayoría

June 9, 1956: La Plata,
Walsh and Mayoría

Por César «Tato» Díaz

*Porque tanto entonces como ahora
creo que el periodismo es libre,
o es una farsa, sin términos medios.*

Rodolfo Walsh

H

ace varios años leí una entrevista a la hija de Rodolfo Walsh en la cual efectuaba toda una invitación, y como me pareció una muy buena idea, la acepté. Patricia decía:

Yo pienso que La Plata no se ha dado cuenta que tiene cantidad de derechos sobre Rodolfo Walsh. Allí vivió, estudió y escribió ese libro que inauguró un género literario. Lo digo porque sería interesante pasar revista a todo lo que sucedió con ese joven que había nacido en Río Negro (Painceira, 2007: 83).

Sumo a lo antedicho que las efemérides suelen ser una buena motivación para escribir sobre acontecimientos, batallas y próceres. En este caso, me impulsan los 40 años transcurridos desde que un grupo de tareas de la última Dictadura cívico militar acabó con la vida de un intelectual altamente comprometido con el destino del país, Rodolfo Walsh;¹ y si esto no fuera suficiente, los 60 años que se cumplen del surgimiento de la célebre revista política *Mayoría*.

Walsh ha sido estudiado desde diferentes ángulos: el biográfico, el político, el literario. En mi caso, pretendo investigarlo vinculado, en primer término, a la ciudad de La Plata, lugar de residencia al momento de realizar su investigación periodística acerca de los fusilamientos de José León Suárez; y, en segundo término, a la revista *Mayoría*, el soporte gráfico que permitió que esa indagación llegara al público en forma completa. Con este propósito, he recuperado algunos papeles abandonados en 2004 en oportunidad de contextualizar su obra, pero haciendo hincapié en este semanario durante aproximadamente un año, desde su aparición, en abril de 1957, hasta las elecciones que catapultaron a Arturo Frondizi a la primera magistratura, el 23 de febrero de 1958.

Mi intención es retomar el período centrado en Operación masacre, «un libro que no encuentra editor» (*Mayoría*, 27/5/1957: portada), en el lugar donde se inició la investigación de lo ocurrido el 9 de junio de 1956, en el periodista/investigador y en el semanario que se animó a publicarlo. Este trabajo está enmarcado en una indagación de más largo aliento, siempre desde una perspectiva comunicacional, que contempla también el sonado «caso Satanovsky», que llegaría a la opinión pública a través del mismo medio gráfico, responsable de encargárselo a Walsh para que develara ese asesinato político.

Resta mencionar que me basaré en diversas fuentes de información: bibliografía de dispar tenor, entrevistas, diarios de la época y, ante todo, la revista *Mayoría*. Por último, procuraré aportar datos sobre aspectos muy extendidos en el saber popular pero que podrían no ser exactos.

Consecuencias varias del golpe de 1955

Luego del 16 de septiembre de 1955, nuestro país se encontró, una vez más, con la intolerancia política, pero en esta ocasión exacerbada a niveles muy difíciles de justificar. La Argentina –qué duda cabe– se hallaba dividida por dos sentimientos muy profundos, posibles de mensurar a través de dos escritores contemporáneos, Ernesto Sábato y Jorge Luis Borges. El primero, en *El rostro del peronismo* (1956), narra dos escenarios de la noche del fatídico Golpe de Estado; mientras que en la sala, los dueños de casa en la ciudad de Salta brindaban con champán por la caída del gobierno democrático, en la cocina, donde se apersonaría el escritor, las mucamas lloraban el atropello, previendo de algún modo lo que vendría.

En sintonía con los amigos de Sábato y al contestar un artículo crítico a su persona, Borges expresaba sin tapujos de ninguna naturaleza:

El régimen de Perón era abominable, que la revolución que lo derribó fue un acto de justicia y que el gobierno de esa revolución merece la amistad y la gratitud de todos los argentinos [...]. Yo sé que la felicidad que sentí [...] cuando triunfó la revolución fue superior a cuantas me depararon después honras y nombramientos (Bioy Casares, 2006: 163).

Pero lo cierto es que el país entró en un «tobogán» que solo consiguió empeorar todo.

En palabras de Samuel Amaral (2001), solo la euforia del momento podía disimular las profundas diferencias sobre el significado de la victoria. La unión contra el «demagogo» no garantizaba acuerdo alguno más allá de su expulsión. El disenso se manifestó apenas asumido el nuevo gobierno. El general Eduardo Lonardi, jefe de una de las muchas conspiraciones que desembocaron en el levantamiento de septiembre, no duró demasiado en la presidencia, a pesar de su actitud «conciliadora», explicitada en la consigna «ni vencedores ni vencidos», cuyo significado inequívoco era «que se habría de perseguir a los “criminales” peronistas, pero que se habrían de preservar intactas las instituciones establecidas desde 1943» (Rock, 1993: 190).

Dicho en otros términos, se buscaba un camino que no ocasionara demasiadas controversias: restablecer un «peronismo sin Perón». Aunque esa fórmula no terminaba de despejar los interrogantes que surgían como un gran enigma: ¿Qué debía hacerse con el partido peronista, con el poderoso movimiento laboral centralizado en la Confederación General del Trabajo (CGT), con las publicaciones y las radioemisoras que estaban en manos de peronistas, con las universidades? ¿Qué debía hacerse con la economía, con los controles y los subsidios que favorecían a ciertos grupos a expensas de otros,

con las empresas de propiedad estatal? ¿Qué orientación internacional debía adoptar el país? Cuestiones como estas suscitaban hondas divisiones en la comunidad argentina y sometieron a Lonardi a presiones contradictorias desde el comienzo mismo de su gobierno (Potash, 1985), con el agravante de que su principal conspirador fue su vicepresidente, el contralmirante Isaac Rojas, quien aglutinó en su entorno al sector de la sociedad más antiperonista, reclutándolo no solo en la sociedad civil, sino también en las Fuerzas Armadas.

Para contrarrestar a los asesores y los proyectos del presidente provisional, los liberales del ejército y el vicepresidente apelaron a la Junta Consultiva.² El organismo, constituido por representantes de los partidos políticos opuestos al régimen derrocado y presidido por Rojas, tenía como finalidad afirmar la orientación liberal y democrática del nuevo poder. Se trataba también del primer intento de sacar a flote las formaciones políticas tradicionales, condenadas al ostracismo por Lonardi, y oponer otra legitimidad a la invocada por él, o sea, rechazar el continuismo en nombre de la democracia liberal (Rouquié, 1986: 127).

Las contradicciones del gobierno de facto eclosionaron el 13 de noviembre de 1955 tras un «golpe palaciego», cuyo resultado más notorio fue el cambio de rumbo adoptado por la nueva gestión, ahora encabezada por el general Pedro Eugenio Aramburu y por Rojas, quienes se proponían el «regreso a los objetivos revolucionarios». La asunción tuvo un espontáneo

bautismo popular ese mismo día, [cuando] una manifestación peronista de reducido número apareció fugazmente por la avenida de Mayo entonando «deben ser los gorilas, deben ser», cántico tomado de la audición radial *La revista dislocada* [...]. La frase daría lugar, en adelante, a que se identificara como «gorilas» a toda autoridad militar reaccionaria (Graham-Yooll, 1989: 5).

Con el binomio Aramburu/Rojas, la autodenominada «Revolución Libertadora» tuvo el camino expedito para cometer todo tipo de arbitrariedades con todo lo relacionado, directa o indirectamente, al gobierno peronista, en un intento vano de «desperonizar» a la nación entera. Los acuerdos básicos alcanzados por los «revolucionarios» generaron en el pueblo argentino un recrudecimiento de antiguas diferencias que volvieron

a configurar una sociedad dicotómica. Las primeras medidas instrumentadas a través de Decretos-Ley fueron la intervención a la Confederación General del Trabajo, la interdicción general de bienes de sociedades y personas, la disolución de la Fundación Eva Perón y del Partido Peronista –masculino y femenino–, entre otras. De esta manera, se propició una suerte de «cacería de justicialistas», que persiguió a los líderes políticos, gremiales, castrenses, exfuncionarios; en fin, a todas aquellas personas que de un modo u otro habían estado cerca del «régimen depuesto». La mayoría de estos perseguidos perdieron sus trabajos, su libertad e, incluso, el derecho de habitar en su país, pues una enorme cantidad debió exiliarse.

En diciembre de 1955 ocurrieron las primeras «redadas» sobre el desconcertado movimiento peronista, que sin el control de los resortes del poder se hallaba inerme y confundido. A los cientos de detenidos de entonces, siguieron muchos más en los primeros meses del año entrante:

Para mediados de febrero trascendió la detención de más de un centenar de personas en el gran Buenos Aires, hallándose en su poder «panfletos y discos de propaganda peronista que incitaban abiertamente al sabotaje en fábricas y depósitos de diversas mercancías» (Qué, 22/2/1956).

Entretanto, los rumores de un movimiento revolucionario no cesaban y los sabotajes tenían diferentes y pequeños objetivos en todo el territorio nacional. Daniel James (1990) relaciona el uso de las primeras bombas con la resistencia a la implantación de nuevos mecanismos de control patronal que afectaron la «cultura del trabajo» del período peronista. Lo cierto fue que espontánea y desorganizadamente, los simpatizantes peronistas se valían de los míticos «caños» para atender aquí y allá; y también apelaron a las cachiporras y a las nudilleras para agredir a manifestantes «gorilas». Las órdenes no tenían una usina centralizada, puesto que se arrogaban la conducción, entre otros: el Comando Superior Peronista, el Comando Nacional y, desde luego, el propio Perón mediante sus instrucciones, con el agravante de que dichas comunicaciones llegaban las más de las veces vía correo:

Perón, solo después de muchos fracasos, desistiría de utilizar el correo para sus envíos «confidenciales». Los servicios de inteligencia del Estado lograron interceptar las cartas y con frecuencia las fraguaron para provocar involuntarias delaciones. La desconexión entre los dirigentes, tras las primeras razzias, se tradujo en desconfianzas recíprocas (Melón Pirro, 1993: 233).

El movimiento de recuperación nacional

Las repercusiones regresivas de las diferentes medidas adoptadas por el gobierno de facto tuvieron dispares respuestas. El movimiento obrero, por caso, apelaría a sabotajes; tanto los trabajadores ocupados como los desocupados procuraban repeler sus males agrupándose como podían, aunque más no fuera para estar juntos en «la desgracia». Paralelamente, los jefes militares con simpatías peronistas habían sido pasados a retiro y algunos encarcelados, como era el caso de los generales Juan J. Valle y Raúl Tanco, quienes fueron confinados a un barco a pocos kilómetros de la costa.

Mi padre era militar [...] de vocación militar, no era político [...]. Si bien él no era político, como militar era democrático y defensor de la Constitución. Cautivos en el mismo barco, alrededor de tres meses, mi padre, Valle y otros militares comienzan las conversaciones que derivarán en el alzamiento de junio (Carlos Tanco citado en Garulli, 2000: 92).

El recuerdo de Carlos Tanco, en efecto, coincide con una fuente valiosísima, la que revela de primera mano el aserto: el informe elevado por el Comando Nacional a Perón en abril de 1956. Llegaba así, dice Florencio Monzón (2006), la primera noticia confiable que recibía Perón sobre la conspiración en ciernes. El encuentro planeado en el más estricto secreto ponía frente a frente a dos grupos que gozaban de representatividad en el disperso movimiento popular. Estaban presentes el general Valle, el mayor Pablo Vicente y el teniente coronel Ruchti por el Comando Militar, y César Marcos, Raúl Lagomarsino y Carlos Held por el Comando Nacional. El encuentro, enmarcado en la más absoluta clandestinidad, fue tenso. Valle pedía que apoyasen el golpe militar que iba a lanzarse en pocos días; Lagomarsino le explicaba que no solo no estaban de acuerdo con esa medida, sino que estaban condenados al fracaso por un error de concepción: una acción solo militar sería derrotada inexorablemente y, por sobre todo, no coincidían con el diagnóstico del «estado insurreccional de las masas», como se lo denominaba por esos días. Estaba extendido que la conducción iba a ser solamente militar y que los civiles no debían recibir armas, particularidad que suena paradójica cuando se está planeando una rebelión popular.

De este modo se desarrollaba la nerviosa conversación en aquella casona de Palermo, sin que fuera posible llegar a una síntesis que permitiera augurar el éxito de la sublevación. Fue entonces cuando el Dr. Lagomarsino formuló una de las preguntas más incómodas: ¿Cuál sería el papel del líder exiliado? Valle, que ya había expresado en la conversación su fervor peronista, contestó que se haría «lo que el pueblo quisiera»; pero que la vuelta de Perón no podía ser formulada en las declaraciones iniciales que iba a hacer la Junta que presidía, en razón, según manifestó, de que en este caso el ejército no saldría unido. Lagomarsino expresó, a su vez, que haría conocer de

inmediato al Comando Nacional los enunciados de la Junta militar (Monzón, 2006). Sin embargo, los integrantes del Comando Nacional sabían que la operación estaba destinada al fracaso y por eso mismo quisieron poner una prudente distancia con la arriesgada empresa. El último encuentro fue el 25 de mayo de 1956, a poco más de una quincena de la fecha elegida para la intentona.

El complot había sido descubierto por el gobierno a través del servicio de inteligencia, que había infiltrado no solo al grupo de militares sino también a los trabajadores, con grupos inorgánicos y con militantes sociales barriales. De allí que Aramburu se hubiera «tomado el trabajo» de firmar los decretos represivos antes de viajar a la provincia de Santa Fe.³ Una versión de las tantas sobre el alto nivel de infiltración que tenía el movimiento la había sostenido un protagonista del movimiento obrero, Andrés Framini:

No, al golpe del 56 la CGT no estaba convocada. Pero individualmente estábamos todos. Pero así, por gremios, por representación masiva, no. Muchos estábamos conectados. Yo, por ejemplo, estaba en el comando que se había creado para hacer la revolución, con Valle, y otros a los que después los mataron. [...] yo tuve reuniones con el general Valle, Cogorno y otros. [...] Resulta que ahí, un día antes, nosotros vamos con Arturo Rodríguez, en su coche, pasamos por la calle Catamarca, en un café en la esquina de Rivadavia, y vimos que Olmos estaba allí. Fuimos a averiguar qué pasaba. Los que estaban ahí tenían un informe de que mejor no realizar nada porque nos tenían a todos marcados. Pero eran tantas las ganas que teníamos de hacer algo que no le dimos bola, ni yo ni el general Valle, ni ninguno. Y el 9 de junio nos largamos, directamente (Jauretche, 1997: 121).

Lo que sucedió después fue un baño de sangre que bien se hubiera podido evitar, pero el gobierno dictatorial quiso que «tronara el escarmiento» y no reparó en crueldades y en injusticias con el oprobioso objeto de amedrentar cualquier otro intento en el futuro. Afirmo esto por contar con testimonios irrefutables. En una rueda de prensa convocada por el presidente de facto en la Casa Rosada, a las 16.15 del 10 de junio, el cronista de la agencia Saporiti preguntó en qué momento el primer magistrado había tenido conocimiento de la iniciación de los actos subversivos. La respuesta no se hizo esperar: quiero decirles que el movimiento subversivo fracasado era de conocimiento con anterioridad, del gobierno de la nación. Tal movimiento se inicia con acciones como la huelga de los estudiantes, algunos intentos de huelga en ciertos gremios y el paro de los transportes. Toda esa actividad estaba vinculada a personal desplazado

del ejército. Cabe significar, por cierto, que algunos de esos desplazados habían sido detenidos con anterioridad. Debo anotar aquí que Aramburu alude elípticamente a la infiltración por parte de la SIDE de los cuadros militares complotados.

Esta gratuita revancha sangrienta que bien podría haberse evitado fue reconocida también por Rojas años después:

Recuerdo que yo estaba con mi señora en el teatro Colón, viendo el ballet «Espectro de la rosa», cuando sonó el teléfono del palco. Me llamaban del Ministerio de Marina. Era Robbio Pacheco, jefe del Estado Mayor. Había estallado la contrarrevolución. Me encontré con Francisco Manrique, que era secretario general de la presidencia y tenía la llave del cofre con los Decretos clave que ordenaban la Ley marcial y el estado de sitio. Manrique se ocupó del Ejército y de la Aeronáutica. Yo de la Marina. Aramburu me dijo «sea enérgico» (Hernández, 1999: 80).

Evidentemente, el levantamiento de Valle había sido detectado con anterioridad a su inicio, pero no solo no se trató de evitarlo, sino que se permitió que se produjera para dar lugar al sanguinario e inútil escarmiento. Desde luego, la audacia de la Dictadura tenía su sustento en un sector de la sociedad que se materializó ni bien ocurrieron los fusilamientos:

En la mañana del 10 de junio de 1956 una muchedumbre se aglomera frente a la Casa de Gobierno. En la plaza prohibida, oficialmente prohibida –como que existe una disposición, vetando las reuniones públicas en ese lugar–; allí donde nuestra clase obrera ya no puede vivir, saltar y cantar, una multitud gorilizada, exultante de odio va a alentar al gobierno en la macabra tarea que está ejecutando. Gritan desaforados estribillos como este: ¡Dale Rojas! ¡Dale leña!... ¡Aramburu, dale duro! ¡A la horca! ¡Ley marcial! (Ferla, 1972: 124).

Borges, uno de los más célebres representantes de esa intolerancia, expresó: «La gente se pone sentimental porque fusilan a unos malevos. Qué porquería, los peronistas». El odio era visceral, aunque más bien se tratara de una incomprendible «ignorancia aprendida» –célebre expresión de Arturo Jauretche– que lamentablemente tiene vigencia en la actualidad.

El 9 de junio en La Plata

El teniente coronel Oscar Lorenzo Cogorno, ex jefe de Pases del Ministerio de Ejército durante la época en la que estaba al frente el general Lucero, luego del Golpe de 1955 fue pasado a retiro como tantos peronistas. En 1956 vivía en City Bell, localidad perteneciente a La Plata, caracterizada por sus edificaciones bajas y ser zona de quintas para descanso de fines de semana. Este militar comprometido no podía tolerar más los sinsabores que vivía gran parte de la población argentina, así que ni bien pudo formó parte de la plana mayor que conspiraría contra la administración de facto encabezada por Aramburu y por Rojas.

Una semblanza panegírica de *Mayoría* dará a leer el 10 de junio de 1957:

La persecución que se había emprendido desde el más alto comando de la Nación contra sus camaradas de armas, muchos de ellos hombres de honor y de prestigio, lo sublevaba, alertando su conciencia con respecto al estado de cosas porque atravesaba el país. El cuadro dramático de una Nación viviendo prácticamente en las puertas mismas de la anarquía y de la guerra civil, con las cárceles repletas de presos políticos, muchos de ellos también hombres honestos y patriotas que habían hecho de sus vidas banderas ardientes de principios nacionales y sociales, avasallados por la incomprensión y por el revanchismo torpe y ciego, con el país colocado otra vez en situación de colonia y la miseria golpeando a las casas de los humildes, ¿qué otra reacción podía suscitar en un soldado de su temple
(*Mayoría*, 10/6/1957).

Se le encomendó la conducción militar del levantamiento en la capital bonaerense y con celeridad puso manos a la obra. Lo primero era tomar contacto con oficiales y con suboficiales leales que estuvieran dispuestos a correr los riesgos de una empresa por el estilo. Cogorno no dudó y comenzó su labor por quien él sabía que no lo iba a defraudar. Así ha sido narrado por Gonzalo Cháves (1998), quien se acercó hasta la casa de Delfor Díaz, en Tolosa, un barrio de La Plata, y este le contó:

Un día estaba en mi casa y tocan el timbre, salgo y estaba el hijo mayor de Cogorno. El chico, que en ese entonces tenía 14 años, me dijo: –Mi padre quiere hablar con usted. –Bueno, le contesté. –¿Cuándo va a ir?, me preguntó. –Voy ahora mismo, espérame un minutito. Me vestí y salimos en mi auto para City Bell. Cuando llegamos, Cogorno me dice: «Mirá, Delfor, estamos preparando una evolución, el día todavía no está confirmado, pero es en el mes de junio». Ahí nomás me explicó cuáles eran los planes del movimiento y me plegué (Cháves & Lewinger, 1998: 20).

La primera misión encomendada a Díaz fue ir a verificar al propio regimiento 7 si un oficial –el capitán Jorge Morganti– se plegaría; Díaz, empero, solo oficiaría como correo, dado que por tener menor grado debía respetar la jerarquía. Cogorno lo instruyó a que acercara una misiva y si Morganti la plegaba en forma de triángulo significaba que estaba de acuerdo y así lo hizo. «A cargo del grupo de suboficiales estaba yo. También me reunía con los civiles Alberto Proia y Pablo Guerrero; de todo le pasaba informe a Cogorno» (Díaz en Cháves & Lewinger, 1998: 20).

Sin duda, el personaje mítico de las jornadas de junio fue Horacio Cháves, quien estuvo siete años preso durante la resistencia peronista. La lista confeccionada por su hijo Gonzalo indica que el derrotero carcelario fue: Olmos, el Penal Militar de Magdalena, la hoy derruida cárcel de Las Heras, Devoto, la antigua cárcel de Caseros, Rawson y Río Gallegos. Hombre de pocas palabras y de acción, tenía un profundo compromiso con el peronismo. Al momento de caer preso en 1956, trabajaba en Obras Sanitarias como operario y estaba empleado en la sección balística de la policía provincial. Pero Cháves es un militante que pertenece ya a la leyenda de la ciudad de La Plata. Uno de sus once hijos, Gonzalo Cháves (2015), rescata la causa principal de la popularidad de su padre, apelando al recuerdo de su hermano Jorge, quien después del 9 de junio comenzó a escuchar en casa que su padre había tomado el regimiento con una ametralladora de juguete.

Con el correr del tiempo este hecho tuvo tres comprobaciones. «El Yeye Vaninetti, un suboficial del ejército que era primo de mi vieja, contó que cuando estaba custodiando las armas después de la revuelta se cayó una ametralladora que no hizo ruido, cuando fue a levantarla se dio cuenta que era de plástico» (Cháves, 2015: 42). Las otras dos las vivió personalmente. En 1965, mientras cumplía el servicio militar en el regimiento séptimo, acaso motivado por su presencia, escuchó la arenga de un sargento diciendo a los gritos: «No es cierto que se pueda tomar un regimiento con una ametralladora de juguete» (Cháves, 2015: 42). La última le llegó cuando trabajaba en una librería. Un cliente le contó que, siendo soldado en el séptimo de infantería, la noche de la revuelta le tocó estar de guardia y recibió la ametralladora de juguete cuando Horacio hizo el cambio de armas.

En efecto, el asalto al cuartel comenzó cuando Díaz y Cháves saltaron la tapia desde una casa vecina y redujeron al personal de guardia, avisando a los que participaban. La operación fue realizada sin disparar un solo tiro y respetando a todos los que no se plegaron. Gran cantidad de civiles que se hallaban en las inmediaciones ingresaron al cuartel una vez que Cogorno tomó el mando. El enlace con los civiles fue Díaz, quien les encomendó misiones importantes, como la custodia de consulados, la consecución de medios de transporte (taxis, colectivos, tranvías, etc.) y el copiamiento de las tres centrales telefónicas (Tacuarí, Rocha y Paz).

Se puede decir que la rebelión en La Plata comenzó entrada la noche del 9 de junio con una acción de distracción y, a la vez, de señal para todos los complotados. Rubén Flores García (2014) ofrece detalles de cómo se sucedieron los hechos:

Ya habían pasado algunos minutos de las 11 de la noche, hora convenida previamente en el plan de operaciones. Un grupo de complotados esperaba tomando café en la confitería París, en 7 y 49. Parecía una reunión de amigos normal, pero allí estarían muy cerca de la explosión y servirían como grupo de apoyo si algo se complicaba. Pese a ser sábado, no había demasiada gente caminando por la zona céntrica de La Plata. Hacía bastante frío. El Dodge se fue acercando por 7, desde 48 a 49, casi a paso de hombre. Ya había dado un par de vueltas para estudiar previamente el lugar y a la tercera el grupo se decidió a actuar porque se iban a pasar de la hora fijada. La zapatería Norland estaba al 800 de calle 7, casi enfrente del Jockey Club y de la corresponsalía del diario *La Prensa*. No se la había elegido por ninguna otra razón más que la de ser un punto céntrico y estratégico, desde donde todos los que esperaban podrían escuchar el estallido. El Flaco abrió la puerta del coche para tener más margen de movilidad en el brazo, estiró medio cuerpo hacia fuera y embocó el paquete que contenía la bomba justo en el hueco de la entrada frente a la elegante puerta americana enmarcada por las vidrieras iluminadas. El bulto rebotó contra la puerta y cayó en el piso con un ruido seco. La bomba no era un explosivo de demolición, pero iba a hacer mucho ruido y provocar destrozos importantes en el frente del local. Listo, rajemos», dijo el Flaco y apenas habían recorrido unos 100 metros cuando escucharon el estruendo. El ruido a cristales rotos coronó el eco de la explosión. Al mirar hacia atrás, vio la humareda que cortaba el aire frío hacia la calle. Miró instintivamente el reloj y pensó: «11 y 5,

al final nos atrasamos un poco». Las gomas chirriaron contra el pavimento exigidas por la súbita acelerada a fondo. Siguieron otra cuadra por 7 y luego para el lado de la catedral, por 51. «Ahora, derecho para el regimiento» (Flores García, 2014: 59-60).

Retengamos estas calles, pues Rodolfo Walsh jugaba al juego ciencia en el bar Rivadavia, a pocos metros, y no en el Círculo de Ajedrez, al otro lado de plaza San Martín, como veremos más adelante.

Con la detonación, y a muy pocos minutos, otro grupo de civiles asumía la significativa labor que se había planeado minuciosamente: apoderarse de la central telefónica. Esta última misión revestía de gran importancia por la necesidad de controlar el flujo de comunicaciones en la ciudad y de esta con el resto del país. Por esta razón, tales objetivos fueron de los primeros en atenderse, entre los que sobresale, por el radio de influencia, la toma de la central Rocha sobre la cual hay una extensa crónica en el diario *El Día*. El matutino realizó el 11 de junio un gran despliegue en el interior de sus páginas: trasladó a las últimas los avisos y la publicidad de la primera plana, adoptó una medida trascendente para un diario al no editorializar y ofreció a sus lectores coberturas en los distintos escenarios donde se dieron sucesos interesantes para tener una idea de lo acaecido.

Distintas proporciones alcanzó la acción cumplida en el edificio de las centrales Rocha y Paz, en la calle 47 entre 8 y 9, donde alrededor de las 23.30 del sábado los rebeldes obtuvieron un éxito parcial y momentáneo que originó la mayor perturbación del tráfico telefónico. Entre 15 y 20 civiles que ocupaban varios automóviles convergieron al lugar a la hora aludida. Entre los que participaron en el episodio que nos ocupa, el personal que se encontraba de servicio en la estación ha reconocido a dirigentes platenses del régimen depuesto, incluso alguno que tuvo durante la tiranía actuación legislativa y sindical, precisamente al frente del gremio telefónico (*El Día*, 11/6/1956).

Los calificativos peyorativos utilizados por el medio obedecían a que se hallaba intervenido, dado que era un diario que había pertenecido al peronismo y ahora era de la Revolución Libertadora.

Mientras tanto, Cogorno, con el regimiento 7 controlado, preparaba a sus hombres para afrontar los dos objetivos militares insoslayables para dominar la ciudad: el Comando de la segunda división de Ejército y la Jefatura de Policía. Apelaré aquí, también, a una crónica periodística con el fin de establecer claramente el derrotero efectuado por las fuerzas rebeldes y, de este modo, ilustrar los movimientos que realizará Walsh esa noche, luego de la explosión inicial. El plan rebelde había escogido el cuartel como base, pero con vistas a objetivos más ambiciosos, que comenzaron a tener ejecución alrededor de las 0.30. El despliegue de fuerzas hacia el centro de la ciudad se llevó a cabo con empleo de los tres tanques Sherman capturados en la unidad, los que encabezaron una columna que partió inmediatamente, avanzando por la calle 53, por la que siguió su marcha después de bordear la Plaza Moreno, hasta llegar a la Plaza San Martín, a cuya altura tomó por 54 en dirección al Comando de la segunda división de Ejército, instalado en la esquina de 53 y 4. Pensando que dicha dependencia estaba escasamente guardada, los insurrectos descontaban su rápida ocupación. Sin embargo, fue ese el primer obstáculo serio que encontraron; ya que no solo no lograron tomar el Comando, sino que a la larga la resistencia opuesta desde el mismo habría de resultar una valla insalvable para el éxito de sus planes.

El Comando de la segunda división funcionaba en una casona antigua construida en los primeros años del siglo, ubicada en la avenida 53 entre 3 y 4. Por el fondo tenía salida a la calle 54 mediante un gran portón, ubicado casi enfrente de la casa de Walsh. Allí, según Flores García (2014), quien entrevistó al protagonista, se parapetó con su arma «Fredy» y mantuvo a raya durante varias horas a los soldados que venían al mando de Cháves con el propósito de tomar el Comando. Aquí detengo la descripción, que retomaré cuando aborde el camino que siguió Walsh esa noche.

Antes de proseguir, deseo señalar un dato anecdótico: en ese lugar se levanta en la actualidad el edificio en el cual vivo; y otro dato útil es que la casa de gobierno está ubicada en la avenida 53 entre 5 y 6, por lo que los rebeldes, al pasar por 54, estaban a escasos metros de la residencia del Interventor, quien se hallaba en la misma, prueba acaso de lo advertido que estaba el gobierno nacional y provincial del alzamiento que se llevaría adelante. Realizo esta aseveración porque, según creo, el último mandatario que vivió en la residencia fue el gobernador radical al

momento del derrocamiento de don Hipólito Yrigoyen. Es más, desde la recuperación de la democracia en 1983 a la fecha ninguno lo ha hecho.

El resto de los soldados prosiguió su marcha, encabezada por los tanques, hasta el departamento de Policía, cito en la manzana que va de 51 a 53 y de 2 a 3, a muy poca distancia del Comando y del domicilio que habitaba la familia Walsh, en calle 54 N.º 418, entre 3 y 4.

Los acontecimientos posteriores, más allá de su importancia, no proporcionan datos que contribuyan a la exploración aquí propuesta. No obstante, agregaré que los intentos de copar el Comando y la Jefatura de Policía fracasaron: el primero, por causas casi fortuitas; el segundo, por traiciones de los oficiales al mando de la tropa insurrecta, además de una rápida intervención de las fuerzas de la administración de facto. Tan así fue, que se puede decir que los enfrentamientos cesaron alrededor de las 9 de la mañana cuando Cogorno se rindió. La difícil decisión la tomó ante el incruento bombardeo al que fue sometido el cuartel con las primeras luces de la mañana, pese a que estaba rodeado de edificaciones civiles.

Antes, a las 4 de la mañana, aproximadamente, el teniente coronel Desiderio Fernández Suárez, jefe de la bonaerense, asumió el control de la Jefatura, y Jorge Dillon escuchó que dio la orden de fusilar a los detenidos en José León Suárez.⁴ Esta tremenda determinación fue tomada a posteriori de que se hubiese firmado el decreto que ponía en marcha la Ley Marcial, pero los que iban a ser fusilados habían sido apresados a las 23 horas del día anterior, en Florida. En pocas palabras: ¡terrorismo de Estado en estado puro! En las primeras horas del 11 de junio Cogorno fue fusilado en el Regimiento 7, y el 12 por la tarde pasaron por las armas en la Sección Perros de la policía provincial a Alberto Abadie. Mártires que se suman a los 24 fusilados en Lanús, en Campo de Mayo y en la Cárcel de Las Heras donde fusilaron al general Valle, a quien le habían prometido respetarle la vida, pero como él mismo escribió: "Con matarme a mí bastaba"⁵.

Walsh y la ciudad

Tal como he manifestado, procuraré reconstruir la noche del 9 y las primeras horas del 10 de junio con el objeto de aproximarme lo más fielmente posible a los pasos que dio Walsh.

Mucho se ha escrito sobre la vida de Rodolfo, así que me abocaré de lleno a cuando él y su flamante esposa se radicaron en la capital de la provincia de Buenos Aires. Corría el año 1950 y el matrimonio recién casado, con poco apoyo de ambas familias que no veían bien la unión, llegó a la ciudad tras el ofrecimiento realizado a Elina Tejerina para que se hiciera cargo de la primera escuela para ciegos de la Provincia. En aquella época, la directora de una escuela gozaba también de una vivienda, que en este caso funcionaban juntas –casa y escuela–, con el agravante de que alumnos y familia compartían las instalaciones sanitarias, tal como me ha manifestado un alumno de aquel momento, Marcelo Calvo.

Más allá de este pequeño detalle, los Walsh respiraban aliviados pues estaban a punto de ser padres. Efectivamente, al nacer Victoria tendría techo y un regular sueldo seguro todos los meses, pues los ingresos proporcionados por Rodolfo no eran significativos, digamos que eran más bien escasos. Una amiga de entonces afirmaría: «Te pagaban centavos la línea». Él trabajaba para la editorial Hachette y viajaba periódicamente a Buenos Aires para entregar textos corregidos y novelas policiales traducidas del inglés o del francés. Dice su primer biógrafo, el irlandés Michael McCaughan ([2002] 2015), que Walsh dejó de ir a las oficinas de Hachette en diciembre de 1950, pero continuó trabajando para la editorial en forma independiente. Quería desarrollarse como escritor, combinando la ficción con el periodismo. Su primer cuento publicado, «Las tres noches de Isaías Bloom», apareció en *Vea y Lea* el 17 de agosto de 1950. Además, era colaborador de *Leoplán*, una revista de estilo norteamericano que publicaba historias policiales y de interés general.

Por esos años también se propuso saldar una cuenta pendiente: completar las materias que le restaban de la secundaria. Su hija menor, Patricia, ha rememorado:

Cuando se casaron, papá no era bachiller. No sé cómo, terminó sus estudios, supongo que en alguna nocturna y dando libre. Después se inscribió y estudió un tiempo en Humanidades, en la carrera de Letras de la Universidad Nacional de La Plata, que tampoco le quedaba lejos de casa. Ya grandes, con Vicky nos preguntábamos cómo habría sido como alumno y de dónde sacaba el tiempo para estudiar, cursar y además ir a jugar al ajedrez. Pero lo averiguamos y puedo asegurar que fue muy buen alumno de Letras (Painceira, 2007: 84).

El tema de los estudios de Walsh mantiene hasta la actualidad una pátina de dudas, pues no se sabe bien cuántos años debía del ciclo medio, e incluso, aún hay quienes no saben de su incursión universitaria. Afortunadamente, cuento con su certificado analítico del secundario,⁶ con el cual ya no quedarán dudas al respecto. Rodolfo rindió libre los tres años que le restaban en el Colegio Nacional Juan Martín de Pueyrredón. En 1951 rindió Física e Italiano y en 1952, con Química y Minería y Geología culminó el bachillerato. El título se expidió el 22 de abril de 1952, año en el que nació su segunda hija, Patricia. Con el título habilitante pudo ingresar a la Facultad de Filosofía y Letras que constituía una meta útil para sus actividades literarias. Por ese entonces, conoció a Delia Cortés, de quien tenemos una pintoresca descripción de aquel joven:

Estabas vestido con pantalón azul, saco a cuadritos azules y blanco, camisa y bufanda azul y gorra con visera igual al saco. Usabas lentes con marco oscuro y fumabas en pipa. Por si no alcanzaba, llevarías un clavel blanco en el ojal [...]. Terminabas de escribir *Variaciones en rojo* (Cortés, 2004: 10).

El año 1955 comenzó con una buena noticia para Walsh: recibió \$ 10 000 por haber ganado el Premio Municipal de Literatura, en julio del año anterior. Por lo demás, continuaba por las tardes noches jugando al ajedrez, bebiendo algo y charlando de cuestiones banales. Alternaba estas actividades con reuniones literarias, tal como lo ha escrito Cortés (2004), una de las contertulianas:

El café El Rayo de 1 y 44 nos recibía. Un grupo de 5 o 6 estudiantes de distintas facultades (Medicina, Filosofía, Letras y Bellas Artes) nos reuníamos para escucharte. Te gustaba leer. Nos leías tardes enteras, mientras tomabas café y fumabas tu pipa (Cortés, 2004: 14).

Estas rutinas, sin embargo, se vieron alteradas. En junio de 1955, más precisamente el 16, el país se conmovió con el criminal bombardeo a la Plaza de Mayo, colmada de gente, por parte de la aviación naval. Tres meses después, la Argentina volvió a tambalear por la perpetración de un nuevo Golpe de Estado. El país se dividió en dos: los que sufrían y los que festejaban. La Plata, por ser la capital de la provincia más importante, también presentó esa división, rescatada por la estudiante de Medicina del café El Rayo: «En el 54 casi todos los estudiantes éramos antiperonistas de la

FULP. Todos fuimos a la calle 7 a celebrar la Revolución Libertadora». Con seguridad, observaron lo mismo que Julio Godio (1985) quien, siendo un adolescente de 16 años miraba sin comprender muy bien cómo los triunfadores del momento actúan en la ciudad universitaria:

Mientras en los barrios proletarios de Berisso, Ensenada y de la propia ciudad platense reinaba el desconcierto, el centro de La Plata comenzó a ser recorrido por radicales, conservadores, socialistas y «democráticos» de última hora. [...] Recuerdo también un hecho. Por la calle 7 marchaba una manifestación. Se agitaban banderas argentinas y uruguayas. Se gritaba «Libertad, libertad». La homogénea masa pequeño-burguesa marchaba hacia la Biblioteca de la Universidad, donde luego serían quemados libros peronistas y documentación oficial (Godio, 1985: 8).

Lo cierto es que el clima se enrarecía, jornada tras jornada. Con todo, Rodolfo Walsh continuaba viajando a Capital Federal y poco a poco se aleja de sus contertulianos literarios y de la Facultad, aunque la costumbre de acercarse al café a compartir partidas y conversaciones persistía incólume. Impactado, tal vez, por los sucesos políticos, abandonaría las temáticas literarias por otras más reales y recientes. El propio Walsh, en un reportaje de esos años, ante la consulta sobre su hermano mayor, ha manifestado:

Es capitán de corbeta, director de la escuela de aviación naval. Combatió heroicamente, en la zona de Puerto Belgrano, comandando los veinte o treinta aviones que formaban el escuadrón de ataque de la base de Espora. Allí mataron a su gran amigo, el capitán Estivariz. Es curioso, porque el único periodista que se ocupó de ese episodio y de esa campaña fui yo. Cualquiera puede ver aquel artículo en Leoplán del 23 de diciembre de 1955 (Walsh en Link, 1995). amente, el artículo de marras lleva por título «2-0-12 no vuelve».⁷

Al año siguiente, en 1956, Walsh empieza a cavilar algunas cuestiones relacionadas con su trabajo. Es en abril, mes en el que sale el primer número de *Mayoría*, cuando Rodolfo le escribe a Donald Yates, amigo y colega estadounidense, contándole que iba a dejar su trabajo como traductor y que se iba a dedicar a la fotografía para ampliar sus posibilidades en el campo del periodismo. McCaughan ([2002] 2015) anota una referencia interesante de la coyuntura argentina:

También Walsh había dejado atrás los tiempos de literatura policial; la caída de Perón marcó el fin del mercado masivo de «literatura de evasión», ya que los lectores se volcaron a los diarios y a las revistas políticas para informarse sobre los actos de corrupción y estar al tanto de los acontecimientos políticos (McCaughan, [2002] 2015: 51).

Retomando las actividades de Rodolfo en la ciudad de las diagonales y el inveterado hábito de asistir al café en busca del tablero de ajedrez, deseo detenerme, ya que cuál era el sitio en el que jugaba ofrece versiones encontradas. Uno de los que más ha estudiado a Walsh y a su *Operación masacre* es Roberto Ferro. Pues bien, Ferro escribe que la noche del 9 de junio Rodolfo estaba jugando en el café Rivadavia,⁸ dato que es exactísimo, como veremos enseguida. Pero continúa apoyándose en las palabras del propio Walsh, quien seis meses después en el mismo lugar escuchará aquello de que «hay un fusilado que vive». Este último dato es el que ahora se pone en tensión. Veamos. He tenido la oportunidad de entrevistar a la persona que jugaba esa noche la partida con Walsh y me ha detallado cómo se sucedieron los hechos, además de cómo era el café.

En efecto, Humberto Salvatierra es quien comparte la partida de esa noche cuando se escucha la potente detonación en la zapatería Norland. Tengamos en cuenta que la bomba fue colocada en avenida 7, entre 48 y 49, y el café se hallaba en calle 50, entre 7 y 8; es decir, a menos de 200 metros. Evidentemente, la conmoción suscitada por el poderoso estruendo perturbó a los parroquianos; sin embargo, la partida prosiguió. Con el correr de los minutos, los ruidos de los disparos se multiplicaron y la contienda llegó a su fin pero sin que mediara el jaque mate. «Cada uno se fue por su lado», señala Salvatierra,⁹ y añade en forma contundente: «De ahí en más, no lo volví a ver». Aquí se encuentra la duda que manifesté con relación a lo recogido por Ferro, tomado, por otra parte, del prólogo de *Operación masacre*: «Seis meses después en el mismo café escuché hablar del fusilado». En ocasión de interpelar al compañero de partida de Walsh, me aseguró no solo que él volvía diariamente a jugar al ajedrez, sino que ni él ni los parroquianos volvieron a ver a Rodolfo nunca más. En rigor, se encontró con Walsh, pero en el escaparate de un quiosco donde estaba el libro editado, en diciembre de 1957.

Al referirse a la relación que mantenía con Rodolfo, Salvatierra comenta: «Éramos jóvenes, él un poco mayor. Lo conocí en 1952 y nunca hablábamos de política –ni siquiera sabía que escribía en *Vea y Lea*–, solo de cosas banales y mucho de literatura policial que a los dos nos gustaba». Con posterioridad, me realizó una detallada descripción del Rivadavia: «Era un bar mítico. Allí se reunía la estudiantina. Era un hormiguero, pues tenía un local muy grande. No se hablaba de política, para eso en cada esquina de 7 había un café. El de los conservadores, el de los radicales...». Comentario que coincide con el efectuado por el propio Walsh en su prólogo a la tercera edición:

La primera noticia sobre los fusilamientos clandestinos de junio de 1956 me llegó en forma casual, a fines de ese año, en un café de La Plata donde se jugaba al ajedrez, se hablaba más de Keres o Nimzovitch que de Aramburu y Rojas, y la única maniobra militar que gozaba de algún renombre era el ataque a la bayoneta de Schlechter en la apertura siciliana.

Salvatierra sigue hilvanando recuerdos: «Adelante se jugaba ajedrez, un poco más atrás a las cartas (tute, sobre todo), más al fondo billar y cassin, y arriba a los dados, por plata, claro». Este testimonio introduce algunas certezas sobre el derrotero walshiano de esa noche: da por tierra con la versión de que se hallaba en el Círculo de Ajedrez y, a la vez, proporciona inteligibilidad a lo que Walsh escribe en su prólogo a la tercera edición:

Nos había sorprendido una medianoche el cercano tiroteo con que empezó el asalto al comando de la segunda división y al departamento de policía, en la fracasada revolución de Valle. Recuerdo cómo salimos en tropel, los jugadores de ajedrez, los jugadores de codillo y los parroquianos ocasionales, para ver qué festejo era ése, y cómo a medida que nos acercábamos a la plaza San Martín nos íbamos poniendo más serios y éramos cada vez menos, y al fin cuando crucé la plaza, me vi solo, y cuando entré a la estación de ómnibus ya fuimos de nuevo unos cuantos.

Recapitularé sobre este fragmento con el propósito de establecer con exactitud el recorrido efectuado por Walsh. Sale del Rivadavia rumbo a su casa, o sea camina en sentido este, por calle 50 hacia avenida 7. Una vez allí, como buen aficionado al ajedrez, con seguridad cruzó plaza San Martín en diagonal –hay un sendero–, rumbo a la intersección de las calles 6 y 54, esquina donde se emplaza el Círculo de Ajedrez, en el

cual –ya no hay dudas al respecto– no estaba jugando esa noche. Luego cruza a la estación de ómnibus –hoy ya no existe–, en calle 6 entre 54 y 55. Y de allí intentará llegar a su domicilio, en calle 54 entre 3 y 4, acción que le llevará varias horas.

Este tópico es bien interesante, pues permite constatar la enorme intensidad que adquirió el intercambio de disparos en la calle 54 entre 3 y 6. Justamente, ahí, en el camino que debía realizar Walsh para llegar a su casa, se concentraron dos focos de enfrentamiento entre soldados leales y rebeldes. Por una cuestión de espacio, aquí sobrevolaré la reconstrucción.¹⁰ El dato decisivo es que la luz había sido cortada y, en consecuencia, el traslado de cualquier persona era prácticamente imposible. La vereda de los pares donde estaba su casa era la más tiroteada y, para colmo, había que atravesar dos líneas de fuego: la primera, ubicada en la intersección de las calles 5 y 54; la segunda, cuyo epicentro se hallaba en los fondos del Comando, unos veinte metros antes del numeral 418 que era la casa de Walsh. Así se comprende cuando Walsh dice:

Recuerdo que después volví a encontrarme solo, en la oscurecida calle 54, donde tres cuadras más adelante debía estar mi casa, a la que quería llegar y finalmente llegué dos horas más tarde [...]. Recuerdo la incoercible autonomía de mis piernas, la preferencia que, en cada bocacalle, demostraban por la estación de ómnibus, a la que volvieron por su cuenta dos y tres veces, pero cada vez de más lejos, hasta que la última, no tuvieron necesidad de volver porque habíamos cruzado la línea de fuego y estábamos en mi casa. Mi casa era peor que el café y peor que la estación de ómnibus, porque había soldados en las azoteas, en la cocina y en los dormitorios, pero principalmente en el baño.

De esta manera vive el periodista escritor el 9 de junio. Seis meses después lo hará ya como investigador y otros seis meses más tarde se publicará en *Mayoría* su obra periodístico-literaria completa, aunque conforme el propio autor, y tal como lo ha investigado Ferro, «fue realizada para que actuara» y, en efecto, actuó en cada nueva edición, pues Walsh introducía cambios.

Mayoría y Operación masacre

El primer número de *Mayoría* salió el 8 de abril de 1957 como una suerte de «continuación» de *Esto Es*, órgano de los Jacobella intervenido por la Revolución Libertadora en febrero de 1956, en momentos en los que constituía una de las pocas publicaciones

que se atrevía a interpelar al gobierno dictatorial. Cansados de reclamar en vano por la devolución de su revista, Tulio y Bruno Jacovella reincidieron en el periodismo «independiente» –como se lo denominaba en la época– con la edición de *Mayoría*. La publicación, de 32 páginas, era la más cara del mercado, con un precio de tapa de 4 pesos, además de caracterizarse por casi no contar con anuncios publicitarios, de forma que el negocio recaía exclusivamente en la venta de ejemplares;¹¹ particularidad que se vio resentida por las múltiples ocasiones en las que el gobierno secuestró números que lo ponían en el banquillo de los acusados. *Mayoría* trabajó en pos del «voto en blanco» en la elección de Constituyentes del 28 de julio de 1957, apoyó la fórmula Frondizi-Gómez en las elecciones presidenciales del 23 de febrero de 1958 (Díaz, 2004) y fue una voz muy crítica al gobierno de Frondizi, quien la clausuró en 1960.

En este punto debo retomar, aunque más no sea sucintamente, cómo se desarrollaron los primeros pasos de Walsh en La Plata una vez escuchada la frase «hay un fusilado que vive»; rumor que inundaba la ciudad y, naturalmente, los sitios de esparcimiento. Según indicó Ferro en la charla que sostuvimos,¹² quien dijo esa frase a Walsh fue Enrique Dillon¹³ en el café Rivadavia, lugar que ahora está en duda conforme los testimonios de Salvatierra, para quien no se lo había vuelto a ver en ese café desde hacía seis meses. Y está en duda aunque el propio Walsh haya escrito que la escuchó allí. ¿Ficción ética acorde con no revelar quién se lo había dicho? Lo cierto es que con el aporte de detalles decisivos, Rodolfo inició su exploración, comentada por él en el prólogo a *Operación masacre*. Resulta concluyente en este punto reparar en la ayuda invaluable de Enriqueta Muñoz, colega de trabajo en la editorial Hachette y luego pareja del periodista.

McCaughan ([2002] 2015) ha conseguido datos interesantes y verdaderamente predictivos: Enriqueta le aportaba su mirada crítica. «Yo le corregía la redacción cuando traía cada capítulo desde La Plata a Buenos Aires. Creo que no tenía otra copia» (2015: 64). Y añade que ella le decía que algún día sería famoso, que los estudiantes aprenderían de su trabajo en las escuelas y que se filmaría una película sobre su vida. En efecto, esta periodista, a quien está dedicado el libro en diciembre de 1957, fue muy importante en la investigación, pues aportó datos fundamentales, además de acompañar diariamente a Walsh a la escena del crimen, a entrevistar a los protagonistas e, incluso, de simular desmayos para conseguir a un sobreviviente decisivo

para la indagación. Ferro me indicó que fue Enriqueta quien le informó el dato consignado cuando afirma que «el 22 de mayo, Tulio Jacovella le entrega un adelanto de 1.000 pesos por la serie de notas; es el primer dinero que cobra por este trabajo periodístico» (Ferro, 2010).

El primer semanario que publicó información sobre la indagación efectuada por Walsh fue el órgano socialista *Propósitos*, dirigido por Leónidas Barletta. Lo sucedió *Revolución Nacional*, dirigido por Luis Cerruti Costa. Campaña de prensa¹⁴ que comenzó el 23 de diciembre de 1956 y que culminó a fines de marzo de 1957 (Ferro, 1998). Walsh, sin embargo, no estaba conforme y se conectó a principios de mayo con Bruno Jacovella, el subdirector del semanario, a quien conocía. *Mayoría* publicaría un reportaje a Walsh tiempo después. La introducción, de Juan Bautista Brun, reconstruía el hecho:

A mediados de 1957, una persona [Bruno Jacovella] recibió un llamado telefónico de un colega de letras: «Rodolfo quiere hablarlo por algo muy importante». Este Rodolfo había publicado unos cuatro o cinco años antes un libro de cuentos policiales, *Variaciones en rojo*, y esa persona, no obstante el poco crédito que asignaba al género policial, no tuvo más remedio que rendirse a la singular calidad literaria del libro y votar en favor de él para uno de los premios de literatura de la Municipalidad de Buenos Aires. Al día siguiente apareció Rodolfo. De estatura más bien baja, delgado, pálido, huidizo, Walsh habla en voz baja y ríe con risa breve. Bajo el brazo trae un grueso paquete.

«Traigo algo que puede ser interesante. Sé que usted tiene vinculaciones estrechas con el director de *Mayoría* y quiero ofrecerle esto». «Esto» era una serie de artículos, con algunas fotografías, bajo el rótulo común de *Operación Masacre*. El exjurado se quedó absorto. «Dígale al director –prosiguió Walsh– que ésta es la verdadera historia del caso Livraga».

Algo había leído el exjurado acerca de un hombre joven de ese apellido que se presentó a un juez en La Plata diciendo que había escapado a un fusilamiento en la noche del 9 al 10 de junio. Pero ignoraba los detalles. Naturalmente, todo el mundo los ignoraba, excepto Livraga, algunas otras pocas personas –unas diez o doce, todas mudas como las piedras– y Walsh. La gran prensa informativa no creyó oportuno informar sobre el hecho (*Mayoría*).

Este último comentario no resulta irrelevante, dado que Walsh había especulado con la posibilidad de que las grandes redacciones se disputaran la publicación de semejante primicia. Desencanto que transmitió a su amigo Donald Yates vía epistolar: «Los diarios, que en su mayoría pertenecen al gobierno, lo apoyan incondicionalmente. Hasta los diarios independientes, como *La Prensa*, *La Nación*, *Clarín*, se imponen una curiosa autocensura y no encuentran nunca nada malo».

Ha referido Eduardo Jozami (2006) una idea compartible: el encuentro de un gran escritor con un gran tema es siempre algo para celebrar. *Operación masacre* es el resultado de una de esas poco frecuentes coincidencias. Con esa investigación, el autor alcanzó dos logros fundamentales que en principio no se había propuesto. En el cruce de literatura y de periodismo, creó un nuevo género, el relato testimonial. Aunque muy probablemente no persiguiera otro propósito que el logro de un gran reportaje periodístico, Walsh publicó su obra mucho antes de que la crítica comenzara a ocuparse de la llamada *non fiction* en los Estados Unidos. Probablemente, Tulio Jacovella, el director de la revista, no pudiera presagiar los honores literarios que Walsh cosecharía a nivel mundial, pero sin duda sabía que su audacia, necesariamente, pagaría un alto costo no solo material, sino también de persecución oficial a través de la aplicación del Decreto ley 4.161.¹⁵

De allí que al momento de anunciar la serie de colaboraciones la revista lo hiciera con gran expectativa periodística:

El autor del largo relato que empezamos a publicar en este número, y que se prolongará durante varios más, explica en la introducción cómo concibió la idea, mejor dicho, cómo sintió la necesidad de investigar, primero, los hechos considerados por el caso Livraga, y de publicar, después, el resultado de sus investigaciones. Lo primero pudo hacerlo; a pesar de todo, la policía no logró impedirlo. Lo segundo no. El libro, producto de sus investigaciones, no encontró quién lo editara. Y así lo subtuló UN LIBRO QUE NO ENCUENTRA EDITOR. El lector se preguntará: ¿es serio lo que aquí se dice? Eso equivale a preguntar: ¿es serio el autor? Y, ¿son ciertos los hechos que se narran? En cuanto al autor, Rodolfo J. Walsh está considerado unánimemente uno de los mejores escritores de relatos policiales en nuestra lengua. Su libro *Variaciones en rojo*, editado en Buenos Aires por Hachette, obtuvo el Premio de Literatura de la Municipalidad de Buenos Aires en 1953. [...] ¿Son ciertos los hechos que se narran?, juzgue el lector mismo a través de la irrefutable prueba anexa al relato.¹⁶ Por nuestra parte, tan pocas dudas nos caben, que nos aventuramos a consignar un formal vaticinio: al término de esta publicación, si antes no ocurren hechos muy graves, más de un alto personaje del actual elenco gubernativo tendrá que rendir cuentas de sus actos en la noche del 9 al 10 de junio de 1956 tras las rejas de la cárcel. Lo decimos pesando muy bien nuestra responsabilidad de periodistas libres (*Mayoría*, 27/5/1957).

Convencidos del material que ofrecían a sus lectores, los invitaban a sumergirse en «la magia irresistible de la pluma que, en cinematográfico ritmo, va presentando unos y otras» (*Mayoría*, 27/5/1957). Sabemos que no hubo cárcel para los asesinos; por el contrario, el presidente de facto Aramburu premió con un ascenso a general Fernández Suárez, quien dio la orden de fusilar.

Fue así como la indagación de Walsh apareció por entregas en la revista *Mayoría*, desde el 27 de mayo¹⁷ hasta el 15 de julio, y luego se publicaría un obligado apéndice el 31 del mismo mes, como respuesta a declaraciones del jefe de policía Fernández Suárez. Respecto a la repercusión de la investigación, debo desdoblarla, pues va de suyo que las autoridades, y sobre todo los involucrados en el fusilamiento masivo, seguían con gran expectativa cada entrega. No sucedió lo mismo con los lectores habituales de *Mayoría*, a quienes parece no haberlos conmovido demasiado, aun cuando se trataba de una revista que apuntaba a un público cercano al peronismo. Dicha particularidad puede

haberse debido a que por esos días la sociedad estaba concentrada en la elección de Constituyentes, a realizarse el 28 de julio. Por supuesto que la administración dictatorial arbitraría todo género de políticas comunicacionales negativas para contrarrestar semejante denuncia, entre las cuales sobresalió el aumento desmedido del precio del papel prensa, que obligó al medio a comprarlo en el «mercado negro» a mayor precio, y una de cuyas consecuencias directas fue la disminución del número de páginas que, no por casualidad, ocurrió en ocasión de iniciarse la publicación de «Operación Masacre. Un libro que no encuentra editor».

Aquí deseo detenerme para citar una carta que el propio Walsh envió a su amigo Yates el 5 de julio:

He completado prácticamente mi investigación del «Caso Livraga» y he escrito un libro sobre el tema. Ante la dificultad de encontrar editor, lo estoy publicando desde el 27 de mayo último en la revista *Mayoría*, en una serie que se prolongará según mis cálculos hasta mediados de julio. He pedido a los editores que te manden un ejemplar de cada número, si es posible por vía aérea. Estas notas aparecen firmadas, de modo que preventivamente me he ausentado de casa, aunque hasta ahora no he sido molestado (Ferro, 2010).

En la segunda entrega el semanario deberá insertar un recuadro a pedido de Walsh para efectuar rectificaciones:

El autor de Operación Masacre aclara que en la nota publicada el 27 de mayo se ha introducido un agregado al texto original. Dicho agregado (fruto probable de una «corrección de estilo») hace aparecer a los «directores» de semanarios políticos como rechazando la crónica del caso Livraga. Salvo en una oportunidad, el autor no se comunicó con los directores de periódicos, sino con personas allegadas a los mismos. Ante una consulta concreta, se complace en destacar que no aludió a *Azul y Blanco*, que por lo menos en dos oportunidades se ocupó del caso, ni tampoco a *Resistencia Popular*, que lo trató con informaciones propias. Además, donde decía «tampoco soy un partidario de la Revolución Libertadora», debe leerse «Tampoco soy ya partidario...», etc. Por último, se omitió la siguiente línea: «Y entre tanto, el responsable de esta masacre sigue en su puesto» (*Mayoría*).

Se aprecia con total claridad cómo el autor seguía con sumo interés la publicación de su investigación y como sostiene su doble condición: periodista y antiperonista, que por otra parte había quedado muy bien explicitado en la introducción del 27 de mayo. Allí decía en un largo párrafo:

La mayoría de los periodistas y escritores llegamos, en la última década, a considerar al peronismo como un enemigo personal. Y con sobrada razón. Pero algo tendríamos que haber advertido: no se puede vencer a un enemigo sin antes comprenderlo. Más que nada temo el momento en que humillados y ofendidos empiecen a tener razón. Razón doctrinaria, amén de la razón sentimental o humana que ya les asiste, y que en último término es la base de aquélla. Y ese momento está próximo y llegará fatalmente, si se insiste en la desatinada política de revancha que se ha dirigido sobre todo contra los sectores obreros. La represión del peronismo, tal como ha sido encarada, no hace más que justificarlo a posteriori. Y esto no solo es lamentable: es idiota (*Mayoría*, 27/5/1957).

Considero que, desde el punto de vista textual, es aquí donde hay un clivaje en Walsh, pues no solo advierte a las autoridades de facto y a la clase media del camino equivocado, sino que desde su condición de periodista entiende también el error y, en adelante irá reconvirtiéndolo hasta caminar codo a codo con las muchedumbres del campo nacional y popular.

Es importante rescatar un comunicado que el sindicato de periodistas hace llegar al semanario, sustrayéndose precisamente del antiperonismo de Walsh y rescatando su indispensable labor profesional. En un recuadro titulado «Felicitaciones del gremio periodístico» se lee:

La asamblea general extraordinaria del sindicato argentino de prensa, realizada el viernes 7 de junio, resolvió a propuesta de uno de los afiliados, apoyar inmediatamente por varios asambleístas lo siguiente: 1- Condenar el alevoso asesinato perpetrado en las sombras y por la espalda, de trabajadores argentinos, crimen cometido por la oligarquía contra el pueblo los días 9 y 10 de junio de 1956. 2- Enviar un mensaje de felicitación al escritor y periodista Rodolfo J. Walsh por haber salvado la integridad y ética del

gremio, arriesgando su vida, para denunciar esos repudiables crímenes.
Esta resolución fue tomada por aclamación y unanimidad por todos los
asambleístas (*Mayoría*).

Este reconocimiento hace justicia con quien, años después, declarará en un reportaje al semanario *Primera Plana*:

Operación Masacre es un trabajo periodístico acabado. Tiene todos los in-
gredientes de la profesión: primicia, estilo, investigación, denuncia. Y algo
más: un riesgo imposible de correr sin asumir previamente un compromiso:
básicamente, me mueve la bronca. La fantasía de la gran nota duró lo que
tardé en llegar a las redacciones, a ofrecerla (*Primera Plana*, 1972).

Otro dato ilustrativo es cuando Walsh, en la séptima entrega, denuncia:

Retomando el hilo de la narración, en el número anterior enumeramos las
probanzas que al 20 de enero de 1957 tenía ante sí el juez Dr. Belisario Hue-
yo y en virtud de las cuales estaba a punto de decretar el procesamiento
del jefe de policía de la provincia de Buenos Aires, cuando el expediente,
en forma sorpresiva, fue solicitado con la máxima urgencia por un tribunal
militar (*Mayoría*).

El cambio de la jurisdicción civil a la militar vaticinaba el final anunciado del crimen, por lo tanto, quedaría para la posteridad como un acontecimiento enmarcado en el terrorismo de Estado.

En la última entrega, Walsh disecciona los debates internos en la Junta consultiva de la provincia y demuestra, una vez más, que no se quiere encarcelar a Fernández Suárez, aunque sobren las evidencias. Asimismo, ofrece una lapidaria observación: «A esta altura de la historia argentina, solamente los ciegos, los hipócritas o los que tienen intereses políticos inmediatos pretenden ignorar que cada una de las tres fuerzas armadas del país es un Estado dentro del Estado» (*Mayoría*, 15/7/1957), acusando sin cortapisas que los fusilamientos fueron ni más ni menos que la aplicación de la violencia de arriba, en otros términos: terrorismo de Estado; para culminar manifestando en el «Epílogo Provisional» que

Siempre habrá en germen nuevos levantamientos, y nuevas olas de insensata revancha –aunque luego tengan sentido contrario–, mientras se mantengan al frente de los organismos represivos del Estado hombres como el actual jefe de Policía de la provincia de Buenos Aires, teniente coronel Desiderio Fernández Suárez (*Mayoría*, 15/7/1957).

Una interesante reflexión acerca de la investigación que aquí nos ocupa la ha realizado Enrique Arrosagaray (2004), al apuntar que se podrá discutir hasta dónde tiene retazos de novela y hasta dónde de ensayo, si tiene o no valores libertarios para subrayar, si es un artículo periodístico largo o un apilamiento de artículos de revista, o hasta dónde puede jugar la ficción en esta investigación política histórica. Se podrá discutir lo que sea, pero lo indiscutible es que ha sido, y es, el aporte clave que develó cómo se desarrollaron los hechos policiales en la noche del 9 y la madrugada del 10 de junio de 1956 en las barriadas de San Martín y de José León Suárez, y que aproximó a la sociedad a una comprensión política profunda de esos hechos porque supo vincular los brazos ejecutores de los asesinatos a los autores intelectuales de las órdenes y, por extensión, a las motivaciones políticas de esas órdenes. En suma, arbitrariedades que las dictaduras cívico militares, como la Libertadora Argentina y el Proceso de Reorganización Nacional, no trepidaron en repetir e, incluso, en superar.

Palabras finales

Este trabajo procuró reconstruir ciertos aspectos que en *Operación masacre*, de Rodolfo Walsh, mantenían todavía un cono de incertidumbre y, sobre todo, cómo se dio a publicidad por entregas desde un semanario político.

Se reconstruyó dónde y con quién estaba Walsh el 9 de junio cuando comenzó la insurrección, y se demostró que se encontraba en el café Rivadavia jugando al ajedrez con Humberto Salvatierra.

También se analizó el itinerario que lo llevó hasta su domicilio y por qué tardó tanto en llegar. En efecto, al tener que cruzar la plaza fue acercándose a la zona más caliente de los enfrentamientos y al estar la luz cortada vio obstaculizado su camino, pues en la calle 54 estaban emplazados los nidos de ametralladoras que lo obligaron a volver una y otra vez a la terminal de ómnibus.

Asimismo, se exploró cómo Walsh se acercó a *Mayoría*, valiéndose del conocimiento que el subdirector del semanario, Bruno Jacovella, tenía de él y de su obra.

Además, se pudo observar cómo Walsh, aun asumiendo su antiperonismo, buscó llegar a la verdad por ejercer su profesión de periodista. En el desarrollo del artículo se analizaron las implicancias que tuvo para el semanario publicar la investigación que denunciaría como nadie la instrumentación del terrorismo de Estado en la Argentina. Y, de esta manera, hacer nuestras la reflexión del filósofo Baruj Spinoza: «En política no hay que reír ni llorar, solo se debe comprender».

Referencias bibliográficas

AMARAL, Samuel (2001). «De Perón a Perón 1955-1973». *Nueva Historia de la Nación Argentina*, volumen 7. Buenos Aires: Planeta.

ARROSAGARAY, Enrique (2004). *Rodolfo Walsh en Cuba. Agencia Prensa Latina, militancia, ron y criptografía*. Buenos Aires: Catálogos.

BIOY CASARES, Adolfo (2006). *Borges*. Buenos Aires: Destino.

CORTÉS, Delia (2004). *Rodolfo Walsh. Aquel muchacho*. La Plata: Hespérides.

CHÁVES, Gonzalo; LEWINGER, Jorge (1998). *Los del 73. Memoria montonera*. La Plata: La Campana.

CHÁVES, Gonzalo (2015). *Rebelde acontecer. Relatos de resistencia peronista*. Buenos Aires: Colihue.

DÍAZ, César (2003). "La revista Mayoría: una cruzada periodística opositora (1957-1958)". Publicación de la Academia Nacional de la Historia. Duodécimo Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina.

DÍAZ, César (2009). *Combatiendo «la ignorancia aprendida». La prédica jauretcheana en la revista QUÉ 1955-1958*. La Plata: Edulp.

FERLA, Salvador (1972). *Mártires y verdugos. La insurrección de Valle y los 27 fusilamientos*. Buenos Aires: Revelación.

FERRO, Roberto (1998). *El lector apócrifo*. Buenos Aires: De La Flor.

FERRO, Roberto (2010). *Fusilados al amanecer. Rodolfo Walsh y el crimen de Suárez*. Buenos Aires: Biblos.

FLORES GARCÍA, Rubén (2014). *Los fuegos de junio*. Buenos Aires: del autor.

GARULLI, Liliana y otros (2000). *Nomeolvides. Memoria de la resistencia peronista 1955-1972*. Buenos Aires: Biblos.

GODIO, Julio (1985). *La caída de Perón/1 (de junio a septiembre de 1955)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

GRAHAM-YOOLL, Andrew (1989). *De Perón a Videla*. Buenos Aires: Legasa.

HERNÁNDEZ, Pablo (1999). *Compañeros. Perfiles de la militancia peronista*. Buenos Aires: Biblos.

JAMES, Daniel (1990). *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*. Buenos Aires: Sudamericana.

JOZAMI, Eduardo (2006). *Rodolfo Walsh. La palabra y la acción*. Buenos Aires: Norma.

LINK, Daniel (1995) *Rodolfo Walsh. El violento oficio de escribir obra periodística 1953-1977*. Buenos Aires: Planeta.

MAYORÍA (1957, 27 de mayo). «Walsh, Rodolfo. La "operación masacre". Un libro que no encuentra editor». *Mayoría*, Año I, N.º 8, p. 1.

MCCAUGHAN, Michael [2002] (2015). *Rodolfo Walsh. Periodista, escritor y revolucionario 1927-1977*. Adrogue: Lom.

MELÓN PIRRO, Julio (1993). «La resistencia peronista, alcances y significados». *Anuario IEHS*, Volumen VIII, pp. 215-246.

MONZÓN, Florencio (2006). *Llegó carta de Perón. Rapsodias de la resistencia 1955-1959*. Buenos Aires: Corregidor.

PAINCEIRA, Lalo (2007). «Entrevista a Patricia Walsh. Rodolfo Walsh, platense». *Oficios Terrestres*, número especial. La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata.

POTASH, Robert (1985). *El ejército y la política en la Argentina. 1945-1962. De Perón a Frondizi*. Buenos Aires: Hyspamérica.

ROCK, David (1993). *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*. Buenos Aires: Ariel.

ROUQUIÉ, Alain (1986). *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, tomo 2. Buenos Aires: Hyspamérica.

SÁBATO, Ernesto (1956). *El otro rostro del peronismo. Carta abierta a Mario Amadeo*. Buenos Aires: s/e.

WALSH, Rodolfo (1972). *Operación masacre*. Buenos Aires: De la Flor.

Notas

1 Agradezco a Laura Ferrandi por haberme impulsado a participar del seminario permanente sobre Rodolfo Walsh y, luego, a escribir este artículo. También a mis colegas Karina Bonifatti y Mario Giménez, por la atenta lectura y las sugerencias realizadas. A Juan G. González, quien me ayudó con las lecturas de algunos libros, y a Sofía Román, por ayudarme a encontrar protagonistas.

2 Los integrantes de esta Junta eran: Isaac Rojas, presidente; Consejeros: Alicia Moreau de Justo, José Aguirre Cámara, Oscar Alende, Luis Bullrich, Juan José Díaz Arana, Juan Gauna, Américo Ghioldi, Oscar López Serrot, Horacio Marcó, Luciano F. Molina, Ramón Muñiz, Oscar Rebaudí Basavilbaso, Horacio Thedy, Miguel Ángel Zabala Ortiz, Julio A. Noble y Nicolás Repetto.

3 Efectivamente, Aramburu dejó firmado el Decreto 10.362, que establecía la Ley Marcial, y preparados los decretos 10.363/56, que establecía la pena de muerte, y el 10.364, que daría los nombres de los que serían fusilados. Los decretos estaban preparados porque eran correlativos y fueron publicados así en el Boletín Oficial con posterioridad.

4 «El teniente de fragata Jorge R. Dillon oyó decir al señor jefe de Policía teniente coronel Desiderio Fernández Suárez, dirigiéndose no recuerda el deponente si al señor Gesteira u otro funcionario, textualmente las siguientes palabras: "Transmita la orden a la Unidad Regional de San Martín para que se fusile de inmediato a ese grupo de personas que yo he detenido", siendo la orden transmitida por radio» (Expediente Livraga).

5 Delfor Díaz nombra que también participaron en el alzamiento los siguientes suboficiales: Dálmaso Díaz, Di Bernardi, Di Giano, Di Grazia, Díaz, Baglione, Zigliani, Bernasconi, Ferrari, Gallardo, Escolari, entre otros.

6 Agradezco este hallazgo a Luis Stangatti, quien me facilitó una fotocopia del certificado.

7 Puede leerse este artículo completo en la obra de Daniel Link (1995).

8 Otros autores no coinciden con nosotros e indican que estaba en el Círculo de ajedrez o en el café Capablanca.

9 Salvatierra fue entrevistado por el autor de este artículo en 2017.

10 Trayecto que pienso describir con lujo de detalles en un libro en preparación.

11 «*Mayoría* aspira a vivir de la venta de sus ejemplares. Y como no tiene así compromisos financieros ni políticos con nadie, está en libertad de decir lo que quiera en defensa del derecho al interés nacional y el bien común.»

12 Ferro fue entrevistado por el autor de este artículo, por correo electrónico y por teléfono, en 2017.

13 McCaughan [2002] (2015) también proporciona este apellido, pero dice que el encuentro fue en otro sitio.

14 María Seoane ignora u omite mencionar la revista *Mayoría* al escribir: «Es, sin duda, una huella más de lo que se supo ya entonces a través de la investigación del periodista y escritor Rodolfo Walsh, publicada en artículos desde enero a marzo de 1957, y que luego constituyó su célebre libro *Operación masacre*» (*Clarín*, 12/6/2006).

15 Puede verse una perspectiva comunicacional de este decreto en César Díaz (2009).

16 Todas las entregas estaban acompañadas por fotos, croquis, fotocopias y otros materiales para conferir verosimilitud al relato.

17 En la portada dice: «Empieza en esta edición la operación masacre. Historia vívida y completa de las víctimas inocentes de la matanza de José León Suárez y de los que salvaron milagrosamente su vida» (*Mayoría*, 27/5/1957).